

Ninguna doncella pudo consagrarse á Dios antes de cumplir la edad de cuarenta años. Aquellas viudas, que aún no los habían cumplido, tuvieron necesidad de contraer segundas nupcias, ó en otro caso resignarse á perder la mitad de sus bienes. Declaróse así mismo la nulidad de los casamientos desiguales. Se castigó severamente el adulterio con la confiscación de bienes y con el destierro; y en caso de reincidencia era lícito quitar impunemente la vida al culpable. En gracia de la rectitud de la intención cabe perdonar la parte excesivamente minuciosa y severa de estas disposiciones. Nos detenemos de buen grado en estas leyes, atendido que sabemos muy poco acerca de los actos públicos y privados de este emperador, quien á pesar de todo, preservó durante el curso de su existencia de una eminente y desastrosa ruina al Estado.

Derrotó á Genserico que otra vez había desembarcado con intención de causar estragos en Italia, é inmediatamente despues de su victoria concibió el proyecto de recuperar el Africa; pero siéndole imposible recuperar el valor de las legiones y restablecer en ellas la disciplina, tomó á sueldo (458) bárbaros que acudieron de todas partes, y especialmente aquellos á quienes dejaba sumisos en la inacción la muerte de Atila. Trasponiendo á la cabeza de ellos los Alpes en lo más rígido del invierno, venció (Noviembre) al rey de los visogodos Teodorico, que dilatava cada vez más sus conquistas, tanto en las Galias como en España, y le aceptó por aliado. Tuvo á raya á los bagaudos, mientras que los arsenales de Misena y Rábena trabajaban con la mayor actividad en el equipo de una escuadra; muy en breve se reunieron en Cartagena trescientas galeras de alto bordo, y otros tantos bajeles más pequeños (460). Cuéntase además que Mayoriano se trasladó en persona á Cartago con traje y en calidad de embajador, para tomar conocimiento del estado de la ciudad con sus propios ojos. Para conjurar la tormenta apeló nuevamente Genserico á sus artificios ordinarios, reducidos á dilaciones y vilezas. Pero cuando comprendió toda la esterilidad de semejantes medios, hizo de la Mauritania un desierto, reunió sus fuerzas, y saliendo al mar sorprendió á la escuadra en Cartagena y la prendió fuego. De esta suerte se

vió Mayoriano en la imprescindible necesidad de admitir una tregua, durante la cual se ocupó en hacer nuevos preparativos. En esto el desagrado que habían excitado sus reformas anteriores subió de punto á consecuencia del reciente desastre; un levantamiento en el campo de Tortona le obligó á deponer la púrpura, y cinco dias más tarde fué asesinado en Voghera (2 de Agosto de 461).

Entonces Ricimero preceptuó al Senado que eligiera á Severo (19 de Noviembre), oscuro lucano, el cual, no tardando en molestar á aquel de quien era hechura, acabó su existencia (15 de Agosto de 465); y durante veinte meses sin que le invistiera título alguno, gobernó Ricimero todas las cosas, percibiendo las contribuciones, reclutando el ejército y celebrando alianzas en su propio nombre. Sin embargo, protestaban contra su autoridad Marcelino y Egidio. Hombre instruido el primero y fiel á la religion antigua, había disfrutado la intimidad de Aecio, y había sido blanco de las persecuciones de Valentiniano; posteriormente le confiara Mayoriano el gobierno de la Sicilia y el mando del ejército reunido contra los vándalos en aquella isla. Habiendo ocupado despues la provincia de Dalmacia, tomó allí el título de patricio de Occidente, hizo el corso en el Adriático, é infestó las costas del Africa y de la Italia. Egidio, maestre de la caballería y de la infantería en la Galia, se declaró acérrimo enemigo de los asesinos de Mayoriano; á la cabeza de un ejército numeroso se dirigió en ademan terrible al otro lado de los Alpes, y figuró como caudillo de los francos en el trascurso de los cuatro años que estuvo su rey Childerico en destierro. Ricimero y su emperador enviaron en contra suya (461) al conde Agripino, quien, mediante la cesion de Narbona á Teodorico II y de una porcion de territorio á los borgoñones (462), arrastró á los bárbaros en pos de su huella para acometer á Egidio; pero éste derrotó á sus enemigos cerca de Orleans, y amenazó en seguida la Italia. Tal vez Ricimero no encontró más recurso que el veneno para libertarse del miedo que Egidio le infundia (465).

También había bajado á Italia Borgoro, rey de los alanos (6 de Febrero de 464); pero sufrió bajo los muros de Bérgamo tan completa derrota, que desde entonces esta nacion no vuelve

á ser mencionada. Genserico, á quien no había conseguido debilitar en lo más mínimo el peso de los años, zarpaba todas las primaveras del puerto de Cartago al frente de una fuerte escuadra; y cuando le preguntaba el piloto á qué rumbo hacia vela, solia responderle: *Navega hácia donde nos lleven los vientos; ellos nos conducirán á la playa que desee castigar la Providencia divina*. Todas las comarcas bañadas por el Mediterráneo fueron infestadas por los vándalos, los cuales, más avarientos de botín que de gloria, no aventuraban batallas á campo raso, ni acometían tampoco las plazas fuertes, sino que hacían una batida en las costas con sus caballos, ejercitaban sus rapiñas sobre lo mejor y más bello que les venia á la mano y volvian á embarcarse sin tardanza. A estas correrías de piratas acompañaban las más atroces crueldades, y de una sola vez fueron arrojados al mar quinientos ciudadanos de Zanto.

Había hecho el rey vándalo á su hijo Hunerico contraer matrimonio con la hija de Eudoxia, viuda de Valentiniano, que debía tener su parte en la herencia imperial, como única vástago de la sangre de Teodosio; suministrábanle, pues, un pretexto que explotaba hábilmente, los derechos de la princesa su nuera. A peso de oro compró el emperador de Oriente el sosiego y la libertad de Eudoxia y de Placidia. De este modo sólo el Occidente se vió expuesto á las devastaciones de Genserico, y como Ricimero carecia de fuerzas navales, hubo de consentir en que los italianos recurrieran á la mediación del emperador de Constantinopla.

Este príncipe envió embajadores á Marcelino, quien satisfecho de verse reconocido por aquel acto como soberano de la Dalmacia, se comprometió á permanecer en reposo. Al revés Genserico, alegaba sus pretensiones y queria que Olybirio, cuñado de su hijo, fuera proclamado Augusto; pero este título fué conferido á Antemio (12 de Abril de 467), uno de los personajes más distinguidos del imperio de Oriente.

Púsose en camino desde Constantinopla con un gran número de condes y un escasísimo ejército, y entró triunfante en Roma, donde aprobaron su elección el Senado, el pueblo y los aliados. Había contraído matrimonio con la hija de Marciano, y dió la suya por esposa á Ricimero, cuyo enlace fué celebrado con indefinible

magnificencia. Al salir Antemio de Constantinopla había cedido su palacio para que fuera transformado en un baño público, en un hospital y en una Iglesia; sin embargo, en Roma toleró á los paganos y á los herejes; hasta renovó en el foro de Trajano la antigua ceremonia de la manusión de esclavos por medio de un golpe de mano en la mejilla; *propenso*, dice su panegirista, á emancipar los antiguos esclavos y á hacer otros nuevos.

Entonces empleó el emperador de Oriente sus fuerzas y treinta mil libras de oro en purgar de vándalos el Mediterráneo. Hizo el prefecto Heraclio un desembarco en las costas de Trípoli con las tropas de Egipto, de la Tebaida, de la Libia, con caballos y camellos árabes y asaltó á Cartago. Reconciliado el patricio Marcelino con el imperio, botó al mar sus bajeles acostumbrados al corso y expulsó á los vándalos de la Cerdeña. Basilisco, hermano de la emperatriz de Oriente, mandaba la escuadra, fuerte con mil ciento y trece velas, llevando á bordo más de cien mil hombres, tanto soldados como marineros y remeros, pero despues de haber operado su union con el éxito más venturoso á los que habían de auxiliarle en su insigne empresa, no tuvo la osadía de avanzar en derecha hácia Cartago, y cedió á las instancias de Genserico otorgándole una tregua de cinco dias. El intrépido vándalo, diestro en sacar partido del más reducido plazo, halló medio de incendiar la escuadra, y los dos imperios vieron desvanecerse en el trascurso de algunas horas un armamento que había agotado sus recursos. Basilisco huyó con dirección á Constantinopla, llevando apenas la mitad de sus bajeles: Heraclio se retiró al desierto; Marcelino á Sicilia, donde fué asesinado; y Genserico, nuevamente soberano absoluto del mar, agregó la Sicilia á sus estados.

Además perdía el imperio otras provincias. En la Galia ocupaban los borgoñones, áun sin contar las dos Borgoñas, la Lionense y el Delphinado, con parte de la Suiza y de la Saboya. Gonderico debe ser considerado como fundador de este poderoso reino. Eurico, sucesor de Teodorico II y legislador de los visogodos, asaltó la España (456), de donde expulsó á los romanos y avasalló á los suevos, reduciéndoles á poseer únicamente la Galicia. En la Galia se apoderó

del mismo modo de Arlés y de Marsella, haciéndose de consiguiente dueño de todo el país comprendido entre los Pirineos, el Ródano y el Loira.

La Arvernia, última provincia avasallada por César, fué igualmente la última en que sobreviviera el patriotismo romano. En la resistencia que opuso á Eurico fué auxiliada por Edicio, hijo del emperador Avito, quien levantó por su autoridad privada un ejército de borgoñones para libertar aquel territorio. Acreditó en aquel trance no ménos caridad que bizarría, y en una época de escaseces llegó á atender á la subsistencia de cuatro mil pobres (471-474). El poeta Sidonio, su cuñado, obispo de Clermont, excitaba con actos religiosos el valor del capitán y de los defensores de la comarca, y hacia en rededor de la capital asediada las procesiones expiatorias de las rogativas, nuevamente introducidas por Mamerto, obispo de Viena. En aquella ocasion escribia el poeta lo que sigue: «Circula el rumor de que los godos están en movimiento para invadir el territorio romano, y nuestro país, la desventurada Arvernia, es constantemente la puerta de sus irrupciones. Nuestra confianza contra el peligro no proviene de cierto de nuestras derruidas murallas, de nuestras máquinas roidas por el tiempo, de nuestras almenas desgastadas por el roce de nuestros pechos, sino de la santa institucion de las rogativas, que sostiene á los arvernios contra los horrores que les cercan por todas partes.»

Muchas veces habian sido repelidos los bárbaros por aquellos hombres generosos llenos de piedad, cuya honda adhesion ignoraba Roma, y á quienes no llevaba ningun socorro: todo cuanto pudo recabar Antemio se redujo á comprometer á Riotimo, caudillo de los bretones, á ir en ayuda de los arvernios (468), si bien fué vencido. A pesar de este desastre no cayeron en desaliento, y ya habian rechazado nuevamente de Clermont á los asaltadores, cuando supieron que otro Augusto habia entablado negociaciones con Eurico para cederle los visogodos. Una elocuente carta de Sidonio Apolinario, se opuso infructuosamente á tan vergonzoso convenio. «¿Hemos merecido por ventura el fuego, el hierro, el contagio? ¿Acaso para obtener esta paz hemos arrancado las yer-

bas silvestres de las saeteras de nuestras murallas? En nombre del cielo sonrojados de ese tratado, que no es útil ni honroso. Si es preciso aceptamos gustosos el asedio, la lid, el hambre; pero en el caso de que se nos entregue en manos del enemigo, quedará demostrado que concebisteis cobardemente un bárbaro proyecto.»

No encontrando Ricimero á Antemio bastante dócil á sus voluntades, se habia retirado de Roma á Milan y amenazaba con una guerra civil al Occidente. Yendo y viniendo Epifanio, obispo de Pavia, de una ciudad á otra á fin de reconciliar al emperador de nombre con el emperador de hecho, creyó poder lisonjearse de haberlo conseguido; pero el corazón del patricio bárbaro rebosaba de odio. Tan luego como le fué dado reunir una respetable hueste de borgoñones y de suevos orientales, rehusó obedecer al imperio griego, así como al soberano procedente de Constantinopla, y despues de hacer proclamado á Olybirio, se puso en marcha contra Roma. El recién elegido, perteneciente á la familia romana más ilustre, se habia casado con Placidia, última hija de Valentiniano, por la cual pretendia asistirle derechos al imperial trono, derechos que eran apoyados por los vándalos. A invitacion de Ricimero renunció á los ócios de Constantinopla, desembarcó en Italia, y fué por él conducido á Roma. Pero el senado y el pueblo estaban en favor de Antemio; sostenidos por un ejército de godos opusieron una tenaz resistencia de tres meses (472); no obstante, Ricimero acabó por llevar la mejor parte de la pelea (11 de Julio). Mandó asesinar al emperador, su suegro, y en el saqueo de Roma se cebó la rapacidad de la soldadesca, cuyo único móvil era la sed de botin.

Poco despues murió Ricimero (23 de Octubre), dejando el mando del ejército á Gundebaldo, su sobrino, príncipe de los borgoñones. Olybirio no le sobrevivió más que siete meses, y el imperio fué conferido á Julio Nepote, quien habia sucedido á su tío Marcelino en la soberanía de la Dalmacia. Habiéndose trasladado á Italia, donde le costó muy poco trabajo hacer obispo á su competidor Glicerio (24 de Junio de 474), pareció brindar al imperio decadente un porvenir más venturoso.

Pero lejos de allí los visigodos amenazadores le obligaron á que les cediera la Arvernia; á su lado los bárbaros auxiliares se sublevaron á las órdenes de Orestes, y marcharon desde Roma sobre Rávena (28 de Agosto de 475). Julio Nepote huyó de aquella ciudad al aproximarse los rebeldes; y renunciando á un trono que sorprende ver todavía disputado por competidores, se retiró á su principado de Dalmacia, donde fué asesinado cinco años más tarde.

Orestes es el mismo á quien vimos al lado de Atila en calidad de secretario, y fué enviado de embajador á Constantinopla por el rey de los hunos. Despues de la muerte de su terrible soberano rehusó prestar obediencia á sus hijos, así como á los visigodos, y reuniendo una falange de bárbaros entre los que seguian al Azote de Dios, hérulos, escirros, alanos, turcingios y rugos, se puso con ellos á sueldo de Roma, bajo el acostumbrado nombre de aliados. Por necesidad ó por miedo le acariciaron los emperadores, colmándole á manos llenas de regalos, de dignidades, hasta el punto de nombrarle general y patricio. Mas no bien hubo adquirido autoridad y prestigio sobre su banda, á título de bizarro nombre de guerra, y porque vivia á su usanza, les indujo á quebrantar su juramento de obediencia, y á proclamar emperador á su propio hijo Rómulo Augústulo (475).

Considerando aquel hacinamiento de aventureros al nuevo emperador como hechura suya, pretendian sujetarle á todos sus caprichos, hacerle aumentar el salario y multiplicar las liberalidades. Hay más: envidiosos de los bárbaros, que en la Galia, en Africa y en España habian adquirido establecimientos, solicitaron que se les diera igualmente una tercera parte de las tierras de Italia. Orestes se negó resueltamente á esta exigencia, si bien encontraron un hombre que la satisfizo.

Sin duda se hace memoria de aquel Edecon que habia acompañado á Orestes en la embajada expedida por Atila á Constantinopla; su hijo, llamado Odoacro, sin más herencia que su denuedo, pensó en sacar de él provecho para hacer fortuna en medio de aquellos tiempos borrascosos, y lo empleó en la rapiña y en el servicio del extranjero. Anduvo errante en la Norica por espacio de algunos meses; bajando

luego á Italia, vibraron en sus oídos las murmuraciones y el descontento de los aliados, quienes se querellaban sin rebozo de la negativa de Orestes, y les prometió otorgarles su demanda, siempre que reconocieran su autoridad suprema. No se necesitó de otra cosa para que le albergaran benévolamente bajo sus banderas, y entonces se adelantó sin encontrar obstáculo de ninguna especie hasta el Adda; cogiendo despues prisionero á Orestes en Pavia, le condenó á muerte. El débil Augústulo, á quien recomendaba su juvenil hermosura, le inspiró lástima ó quizá menosprecio; perdonóle, pues, la vida, y le señaló una renta de seis mil monedas de oro. Al postrer sucesor de Augusto se le fijó por residencia una casa de campo situada sobre el delicioso promontorio de Misena, construida por Mario, hermozada por Lúculo, trasformada en habitacion de recreo de los soberanos imperiales, y convertida en fortaleza durante las invasiones. Cuatro siglos más tarde era una iglesia consagrada á San Severino.

Entonces pareció de todo punto inútil la dispendiosa y vana dignidad del emperador, y por disposición del bárbaro escribió el Senado romano al emperador Zenon á Constantinopla, diciéndole que pensaba no continuar por más tiempo la sucesion imperial en Italia, por considerar bastante la majestad de un solo monarca para defender el Oriente y el Occidente. Venia, pues, Constantinopla á figurar como sede del universal imperio, y siendo suficiente la proteccion de Odoacro á la república romana, se rogaba á Zenon que le concediera el título de patricio con la administracion de la diócesis itálica.

Al principio se querelló el emperador algun tanto de aquel acomodo, si bien acabó por suscribirlo. De esta suerte fué como en la persona del jóven hijo de Orestes, que por una extraña coincidencia reunia los nombres de Rómulo y de Augusto, concluyó el imperio de Occidente, cuatrocientos setenta y seis años despues de Jesucristo, quinientos siete despues de que la batalla de Accio estableciera la dominacion de uno solo, mil doscientos veintinueve años despues de la fundacion de Roma, setecientos cuarenta despues del primer desembarco en Africa, quinientos cincuenta despues de la primera

guerra de los germanos, trescientos diez despues de la guerra de los marcomanos, época en la que comenzó la gran invasion. Durante este largo período fué gobernada Roma primeramente por reyes; luego cuatrocientas ochenta y tres veces por dos cónsules anuales, y finalmente por setenta y tres emperadores.

CAPITULO XI

Consideraciones sobre la caída del imperio romano.

Si hemos logrado hacer que se comprenda el fin á que propendemos en esta historia, de seguro nadie aguarda que se deslicen de nuestra pluma los gemidos comunmente destinados á deplorar la caída de la grandeza latina. Dejamos ese trabajo á los que fieles á las ideas de escuela, juzgan los acontecimientos con el patriotismo de los Julios y de los Catones. Por lo que hace á nosotros la historia nos presenta en esta catástrofe el derrumbamiento de una barrera opuesta al progreso; y la agonía en que languidece por espacio de diez siglos el imperio de Oriente, nos da la clave de lo que hubiera acontecido al imperio de Occidente, á haber seguido subsistiendo.

Tampoco atribuimos únicamente á los ataques de los bárbaros su caída. Despues de haber comenzado desde el tiempo de César y de Augusto, le amenazaron durante cinco siglos sin encentarlo, en tanto que las causas interiores no hicieron inevitable una catástrofe, de que la gran invasion fué ocasion solamente.

Fúndanse en el amor las sociedades modernas, y cuanto más se civilizan, muestran mayor empeño por la paz, y hacen extensiva la igualdad á más crecido número de hombres. Al revés, las sociedades antiguas no existian mas que en virtud del odio, de la guerra, no cesando de excluirse recíprocamente de su libertad privilegiada y de rechazarse. Bien considerado, á esto se reducía el patriotismo, aquella vida de los Estados de la antigüedad. Un corto número de hombres, asociados entre sí, son libres en lo interior, aunque se hacen tiranos y enemigos de todo el que no pertenece á su agregacion; de aquí la necesidad urgente de mantenerse de continuo sobre las armas para el ataque y para la defensa; de aquí la atencion dedicada por los legisladores civiles y religiosos á conservar los

usos y las instituciones que distinguían á su nacion de todas las demas del mundo.

Sin embargo, no podian estorbar las conquistas, las alianzas, las confederaciones, con ensanchar aquellas sociedades, aumentando el número de agregados y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose de este modo los privilegios á una porcion más considerable de individuos, ganaban en ello la civilizacion y la justicia, pero la sociedad estaba minada por su base. Dilatándose demasiado, se enervaba el patriotismo, y sobrevenia un pueblo, que le hubiera conservado en su primitiva energía; de parte de aquel pueblo estaba la ventaja.

A consecuencia de las conquistas de Alejandro, borró Grecia los confines de su ciudad, y tuvo lugar su caída. En este segundo período se encontraban los pelasgos, los etruscos y los demas pueblos en torno del Mediterráneo, cuando Roma, ciudad patriótica y belicosa por excelencia, cargó sobre ellos y los dobló á su yugo.

¿Qué obstáculo podia oponer el mundo á su arranque, al austero rigor de sus patricios? Antes de que el espíritu de conquista pasara desde Oriente á Europa, se hallaban poco más ó menos á un mismo nivel de civilizacion los pueblos de esta última comarca; dedicados á la agricultura, divididos en pequeñas poblaciones segun los territorios, se hacian á menudo guerras de poca importancia, si bien eran propias para alimentar el denuedo, tenian pocas ciudades, de las cuales no dominaba ninguna, y no se congregaban más que momentáneamente para intereses pasajeros y transitorios. Ignoraban todos los refinamientos sociales, si bien poseían la libertad, carácter que les distinguía de los asiáticos. En los grandes imperios orientales desaparecia ó era sacrificado el individuo; en Europa, la subdivision producía aquellas luchas en que el hombre desarrolla y ejercita libremente las fuerzas que le son propias.

Semejante estado de cosas fué favorecido por la naturaleza, que habia cortado el terreno con la corriente de los rios y la mole de las montañas, y por las colonias que, compuestas de desterrados ó de ciudadanos, llevaban consigo el espíritu de libertad á todas partes.

Bajo este aspecto se ofrece á nuestros ojos

la Grecia con sus pueblos de origen y de constitucion diferentes, si bien unidos por la comunidad del lenguaje. Una vez asociados para repeler á los persas, se dividen luego en dos Estados principales, uno aristocrático y otro democrático. De aquí nacieron rivalidades de reconciliacion imposible, y guerras en que ambos consumieron sus fuerzas. Alejandro hubiera podido elevar á un eminente grado de grandeza á aquella nacion inducida á la unidad, si hubiera conservado y mantenido el espíritu de patriotismo, y si arrastrado su génio por una imaginacion oriental, no le hubiera empujado hácia el Asia más bien que hácia Europa.

Durante su tiempo se habia resignado impaciente á la unidad la Grecia; despues de su muerte todo se descompone: multiplicanse los ejércitos, las ligas y las batallas; no se intenta nada grande ni generoso; cálculos mezquinos de equilibrio político con el pensamiento de consolidar la paz engendran guerras sin fin, que traen la disolucion general por resultado.

Roma se aprovecha de todas estas circunstancias. Tambien Roma es una mezcla de diferentes naciones, y se vé en la imprescindible necesidad de sostenerse con la guerra en medio de las poblaciones enemigas de la Italia. Cuando la expulsion de los Tarquinos hubo suspendido el gran trabajo de asimilacion inaugurado por los reyes, y la oligarquía se consolidó en el acto, la plebe, la raza vencida, padeció bajo aquélla una opresion horrible, si bien ménos dócil á la tiranía de lo que se habian mostrado los pueblos de Asia, se agitó de continuo clamando por la concesion de pan y de derechos. Para apaciguarla tuvieronla ocupada los patricios en pérpetuas lides, donde encontraban la infalible ventaja de enriquecerse á consecuencia de la victoria, ó, en su defecto, de refrenar con la derrota el orgullo de aquellos sobre quienes ejercitaban implacablemente su tiranía.

De consiguiente por la guerra se alcanzaban los honores en Roma; tambien en virtud de la guerra se aumentaba el número de ciudadanos y se formaba la educacion de ellos; especialmente en la guerra se ocupaban las asambleas del pueblo y las del Senado, que suministraba los capitanes encargados de ejecutar sobre el campo de batalla lo que habia sido

acordado en las deliberaciones del consejo.

Cuando el espíritu marcial se asociaba de esta suerte á todos los elementos de la ciudad y comunica animacion á las asambleas deliberantes, ya no cabe en lo posible que se fije término á la guerra, pues viene á ser el voto de todos, como oficio, como excelente conducto para llegar á los honores, para adquirir riqueza, y preponderancia. No es el ardor de estos hijos de Marte semejante al de un Alejandro ó al de un Gengiskan, que en la muerte del conquistador dejan á los pueblos una esperanza; es el ardor de un héroe inmortal, cuya alma se perpetua en una sucesion no interrumpida de insignes capitanes.

Despues de que Roma ha avasallado la península con el influjo de sus armas, se encuentra frente á frente de Cartago; inespugnable en la resistencia, irresistible en la victoria, pone término á aquel miserable juego de equilibrio de las antiguas repúblicas arrojando su espada en la balanza, y constituyéndose por medio de su política aguda, apoyo del débil contra el fuerte para avasallar al uno y al otro.

¡Desgraciados de los vencidos! No es ya una simple dominacion de conquista; Dario y Jerjes dejaban á las colonias del Helesponto y de la Propóntida comerciar y gobernarse libremente, sin atentar contra sus intereses. Alejandro favorece la prosperidad de la Persia, y aún fomenta la de Egipto; si derruye á Tiro es para levantar en sus inmediaciones una ciudad destinada á eclipsar su esplendor completamente; los reyes del Ponto, que sometieron á muchas colonias en rededor de sus estados, jamás las arrebataron sus leyes; antes bien, sus afanes propendieron de continuo á ensanchar su comercio y á aumentar su riqueza, convirtiendo estas ventajas en un instrumento de poderío.

Al revés, Roma extingue y borra todo carácter nacional bajo su ominosa planta; donde quiera que penetra su espada dá al traste con la antigua grandeza, obra de largos siglos de industria. La opulenta Corinto; Cartago, la reina de los mares; Rodas, la esposa del Sol, son inmoladas ante aquella envidiosa conquistadora. Súbito pierden su prosperidad las ciudades mercantiles del Mar Egeo; de repente se apaga el brillo de las espléndidas ciudades de la Gre-